



TEXTOS
INÉDITOS

MAGDALENA
CAMARGO LEMIESZEK

TEXTOS INÉDITOS

y otras publicaciones

Magdalena Camargo Lemieszek

EL JARDÍN

a mi madre

En los días en los que soy una niña todavía, la vida es un cisne nadando entre los juncos; es tu mano apretando la mía, fuerte, en un sendero de pinos altos y negros. Ahora he crecido. No soy bella, madre, es cierto. Mi voz no sirve para cantar, tampoco.

Pero yo espero, *mamusia*, espero aunque no hayan vuelto. Tú dijiste que todos los pericos que huyeron de mis jaulas volverían a visitarme, a contarme cómo es amarrarse, en listones verdes, a las nubes. Yo sigo mirando las palmeras vacías esperando su regreso. Es la misma casa, la misma caja de arena, los mismos gusanos venenosos; pero las palmeras, medidas por el frío, aguardan vacías.

¿Cuánto tiempo, madre? ¿Diez, quince, veinte años? No sé. No importa realmente. El tiempo no transcurre en la memoria. Por eso, sentada en la misma piedra, busco la rosa en tu mano, con su cofre de sonrisas.

EL SUEÑO

a J. M.

Hubo un venado,
el corzo más frágil de todos los corzos,
su pelambre era una red de rubíes
poblada de cangrejos blancos.
En lugar de cascos,
caminaba sobre cuatro perfectas y delgadas manos:
limpios dedos de virgen,
y en la oquedad de los anillos,
tristes líneas marcadas de lado a lado.

Entró orgulloso al bosque
y ansiosas las ramas se agitaron,
las hojas se hicieron lenguas
y en un oscuro idioma le cantaron.
De flores y espinos el viento amasó frutos:
perlas, lloraron los búhos;
lámparas, aullaron los lobos;
estrellas, rieron las liebres;
soles, gimieron los zorros.
Todo lo pobló el resplandor de la semilla y de la carne,
convulsos ardieron los racimos,
y los pájaros vibraron atados a los cuernos.

Las hogueras separaron el lodo de la sombra,
y médula y puñal

se levantaron de la noche,
único símbolo de lo inefable.

El venado, hambriento, mordió el fruto,
y perlas fueron sus labios
y soles fueron sus dientes
y lámpara fue su lengua
y luz fue su saliva
y la saliva derramada se hizo sangre
y la sangre se hizo tierra
y la tierra se hizo hombre.



Arthur Walde, *A Fairy Tale*

LALKA

a ti, a tu voz de muchacho

Es cierto, amor mío, que no estoy al norte.
No hay flores de sílice en mis jardines.
Me habitan zorros transparentes,
la escarcha tatuada en el rostro de las ramas,
y un piélago sin islas,
abierto frente a ti como una mano.

No soy la vera de tu viaje
ni la aurora agitándose como un pañuelo en la noche interminable,
por meses arrojada contra los relojes,
por meses, de pie, entre nosotros.
Ahora sabemos que el frío también es un lenguaje,
y que la vastedad de la tundra aguarda como otro paraíso.

No olvides, amor, la turbia porcelana de mi cuerpo,
el almidón de mis trajes cambiado por polillas,
el pelo derramado, revuelto por la sombra,
hoy que el siete es la premonición de nuestro abismo,
el sombrío perfil de nuestra cuerda,
el ángulo triste
y la caída.

CARTA ADOLESCENTE ESCRITA CERCA DE LOS TREINTA O CANCIÓN PARA PEDIR DISCULPAS POR LA DISTANCIA

A veces llega una temporada,
cuando los árboles pierden todas sus hojas
y un humor enfermo brota de la tierra.
Es entonces cuando emergen esos seres
que no emiten más nada que gruñidos,
porque no pueden entender y desprecian todos los demás lenguajes.
No conocen otra luz que no sea el reflejo de sus fauces en el agua,
y creen que solo se hacen grandes en su sombra,
y se imaginan poderosos solo en su medida
y en la extensión de lo que cubre.

Y de pronto toman cuanto quieren.
Lo único valioso es aquello que se toca, lo tangible,
lo que ha sido arrebatado con violencia.
Lo indomable,
lo puro,
lo salvaje,
debe renunciar a resistirse y es aniquilado.

Llega un momento en el que incluso la naturaleza parece contagiarse,
resignarse a una suerte de silencio,
donde poco importa que se extinga lo genuino
y la belleza.

Debo ser sincera.

En esas épocas pierdo la esperanza.
Me entristecen las frutas sin semilla,
el vacío de las cosas,
la repetición de la amargura,
el plástico,
la ignorancia.
Me canso.
De algún modo yo también me rindo.
Entonces me vuelvo un poco topo y cavo tan profundo,
tan hondo como puedo.
Paso los días rodeada solo de raíces,
lejos del mundo que arriba, en algún lugar, transcurre;
ajena a toda esa injusticia que detesto.
Me olvido del tiempo que se mueve,
y la voz de los que alguna vez supieron de mi nombre
comienza a esfumarse poco a poco.

Me muerdo los labios, hasta que dejan de llamarme.
Y sucede lo que siempre hemos dicho que sabemos,
pero muy pocas veces contemplamos: la rueda gira en nuestra ausencia.
Y ahí en la simpleza de una madriguera lo comprendo,
sin dolor, sin rabia ni alegría.
Y por primera vez, después de mucho,
el mañana no es una batalla,
la agitación se desvanece, puedo pronunciar la calma,
y algo semejante a la paz se acurruca en lo poco que perdura.

Solo después de mucho, decido que ha pasado suficiente,
que al final ha llegado el tiempo de volver.

Es cierto, en el bosque sigue rondando lo sombrío,
pero, a pesar de la hostilidad y la crudeza,
hay de pronto un gesto que despierta.
Y parece que el asombro es posible todavía,
que aún hay alguien que lo espera.
Y brota otra vez la caracola porque aún hay alguien que la escucha,
que se arriesga a cerrar los ojos
y a creer en la permanencia de las olas.
Y a cierta hora, la rareza ya no es una herida
y las nubes descubren esas montañas, que se levantaron
para los que fueron llamados a no andar sobre las huellas de los otros.

Y sonríó, sonríó nuevamente.

Deseo.

Quiero que amanezca,
y eso para mí es un nuevo modo de locura.

Por eso hay algo que he escrito en lo más hondo de una cueva
para no olvidarlo nunca:

*aunque tarde, la primavera siempre vuelve,
pero la primavera también es dura.*



Arthur Rackham, *Undine at the Window*

DESPEDIDA O CARTA AL HOMBRE EN MEDIO DE LA HUERTA

a J. G.

Te hablaré sobre una mujer que estás a punto de conocer. Ella juega con un cajón de anillos y dedos que no se corresponden, tiene una colección de botones y cuenta siempre la historia de una niña que nació del bosque y caminó hasta el mar para convertirse en cisne. Esa mujer de rodillas en el agua no es una pintura de Sorolla. No lo es, aunque lo creas o por lo menos se lo digas. Sus palabras son los eslabones de una cadena que brotan de su boca acoplándose el uno con el otro para alguna vez abarcar la dimensión de la noche. Pero la noche no posee longitud, es como una bandada de pájaros que se mueve de un lado a otro, poseídos por un espasmo repentino. Esos pájaros han volado desde siempre y no hay árbol para ellos ni sitio alguno de descanso.

Su corazón te hará imaginar los mares turbios del septentrión, y una ballena atravesada por arpones, arrastrada por una horda de hombres hasta la orilla. Verás un abanico de rostros rojos y a todos los hombres enjuagar sus caras en el corazón de la ballena, y te parecerá que debajo de la sangre sonrían porque el canto de la ballena continuará resonando en sus cabezas durante muchos años. Pero ya sabrás todas estas cosas cuando llegue ese momento, porque tú también sentirás el peso de la sangre bajarte por la frente.

Entonces emprenderás un viaje junto a ella y siete días la verás llevar un pájaro de cristal entre las manos, siete días soñarás con ella caminando descalza sobre un lago en medio del invierno, y bajo el hielo los peces dormirán inmóviles y el ámbar se fraguará silenciosamente. Al final te sentirás cansado y decidirás que es hora de regresar solo a casa.

Volverás a trabajar la tierra, encontrarás que en tu huerta los tubérculos han crecido hasta alcanzar el tamaño de un hombre y que pronto serán capaces de levantarse por sí mismos y andar. Las lechugas habrán florecido, en sus hojas la escarcha será un manojito de diminutos soles y bajo los árboles de fruta habrá un barro dulce infestado de gusanos. Limpiarás todo con esmero: arrancarás la maleza, removerás la tierra, talarás los árboles estériles. Entonces pronunciarás el nombre de esa mujer por última vez y su nombre caerá como una semilla en tu mano. La sembrarás sabiendo que nada nacerá ahí, que nunca la regarás, que pronto olvidarás donde la sembraste e incluso que alguna vez esa semilla fue tu voz pronunciando el nombre de esa mujer.

Volverás a vivir según las estaciones y algunas noches particularmente oscuras el oleaje de una extraña melodía llegará a ti, tan lejana y tan leve como si brotara de la nada misma.

TANQUETA DE ORIENTE

Reímos, como si no esperásemos
el peso frágil de la muerte.
Como si los gases venenosos estuviesen floreciendo
allá lejos,
en la fértil tierra de otros campos
y las bombas solo fuesen capaces de estallar
en los cuentos que narran los ancianos.

Reímos, con un fuego poderoso
y sus esquirlas hieren la tranquilidad del aire,
como luminarias que titilan en mitad de un bombardeo
o escombros que se desprenden
para anidar en los vestidos.
Reímos, como las sirenas que anuncian
que debemos ocultarnos, aunque el mar
se encuentre lejos,
aunque el sótano sea nuestro último refugio.

Reímos, como si la sopa de remolacha todavía humease
encima de la mesa y no cayera la sangre
de las heridas y de los cuerpos desmembrados.
Reímos, como las banderas que flamean despidiéndose,
marchando hacia una gris parsimonia, como una bala
que brilla a pesar de la oscuridad del bosque
y de sus setas de colores que aún no están en temporada.
Reímos, aunque la miel en tiempos de guerra

se haga escasa
porque el dolor también infestó
el impreciso volar de las abejas.

POEMA DEL OCASO

El viento arranca a la amapola,
el trigal aguanta a duras penas,
los ciervos han huido
dejando atrás los *kurki* como pequeñas llamas
en la hojarasca de los bosques.
La *makrela* se ahúma en la cabaña
aunque en sus ojos
todavía la profundidad del agua
continúa en movimiento,
como si fuera la tonada de una mazurka
que el piano apenas ya recuerda,
porque su melodía es la música
de antiguos años,
cuando las águilas de piedra
dejaron a la piedra
y emprendieron vuelo desde el parque.

Aún sigue el mismo cisne sorteando la ola de Kołobrzeg,
ya no hay playas ni guijarros
y sus plumas se han vuelto turbias
con el curso ingrato de una multitud de años,
porque la blancura se ha cansado del vacío
y de lo blanco,
ya que una pluma es como una estrella:
ni siquiera la pureza la salva de caer.

Y porque la noche vence aunque no queramos
y porque el tiempo pasa aunque no queramos
y el sol, el sol es de pronto una perla de ámbar
que brotó de ese árbol donde vimos al cosmos florecer
y que hoy hemos tomado del cielo
y desde ahora
llevaremos como un colgante
para resistir al frío que se anuncia.

FEBRERO

a ti, a la voraz locura de quererte

Sobre la arena hay dos nombres que esperan ser borrados.
No han sido escritos todavía, pero conocen la cadencia del agua,
la rítmica oquedad que viene, va y que vuelve,
junto al claro poder de su sentencia.
Tú y yo estamos cerca como dos icebergs que naufragan.
Somos un bosque y una selva que no compartirán semilla alguna,
dos bestias que provienen de dos mares diferentes,
aunque fríos como la primera nieve del invierno,
y equidistantes en el mapa impreciso de los hombres.
Nos fue dada la distancia como un regalo de obsidiana:
una daga oscura que solo sirve para dividir estrellas y no la lejanía.
Yo conozco el cuarzo de estas horas,
tú, el cobrizo tono de un cuarto iluminado.
Tú conoces la canción que trazó el curso de mi vida,
yo, el timbre de tu voz en la ternura,
pero de muy poco nos sirve todo eso.
Los árboles se levantan ya estériles,
la tormenta no termina nunca de caer,
y las criaturas olvidaron a su vez el orden de las estaciones.
Pero todo parece más simple en este espacio de vacío,
donde encontramos ese hilo delgado que nos une,
como una luz que está tentada siempre a apagarse,
como una pequeña dosis de palabras que no alcanzarán a ser dichas,
y donde todas las cosas cederán con el roce templado de su filo.



William Degouve de Nuncque, *The Black Swan*

UN NO ROMPIDO SUEÑO

*a Fray Luis de León
y en memoria de José Guillermo Ros-Zanet*

Sabré del sol y de las cosas
por las cuales sigue el mundo en movimiento,
la escondida senda no habrá cesado,
el cierzo dividirá el polvo
y la altura.

En la quietud lacustre que perdura en los inviernos
buscaré con terquedad ese lugar en el vacío
donde aprendieron las aves a verter su música,
donde dejaron la rama del olmo
aún temblando.

Y habré de llegar a la casa que levanté en el poema,
el huerto será un animal que se amamanta de la lluvia,
la cuerda se deshará en la profundidad del pozo,
sentiré una fiebre mineral que brota de los montes
y en los lenguajes de la hierba,
veré a la certidumbre rasgar la sombra.

Entonces sabré también de aquellas naves
que hurgaron la espesa médula del todo,
la levadura se habrá cocido
con el fuego inmarcesible de los años
y la tempestad segará de tajo

la dúctil naturaleza de los nombres
con los que decidimos contener
la incalculable raíz del universo.

FERDYNANDÓW

a mi abuela

No hay nada para mí en Ferdynandów.
Su nombre incluso en sueños se me niega.
Nunca pisaré esa larga senda blanca
donde la tierra es tan delgada que parece arena.
Nunca me reclinaré a beber la sombra de antiguos robles.
Ni veré con inocencia
el hervor del agua teñirse
entre las hojas de té
mientras mi madre, acaso sin apenas yo saberlo,
repite aquellas cosas
sobre las que todavía escribiré.

Y no veré la pola amplia, amplísima,
tanto que por un instante
incluso el mundo hubiese querido ser
así de interminable.
Y en ese mismo sueño, hay ojos de lobo que me miran
y no tengo miedo
y pequeñas fresas silvestres me nacen de los dedos.
Y desde un raro relumbrar, el rocío se tumba
en medio de violetas
y te sé ahí en aquel jardín que todavía cuidas.

E iré siempre por la vida anhelando probar sus aguas,

preguntándome qué se sentiría.
Tratando de dar nombre a esa sed.



